

Historia General del Perú.

Fray Martín de Murúa

Capítulo XLIV

De la jornada que mandó hacer Huascar Ynga en los chachapoyas, y muerte de su hermano Chuquis Huaman

Certísima cosa es que ninguno está contento con su suerte y que esta hambre y deseo de oro y plata, y la ambición de reinos y señoríos cada día, como enfermedad de hidropesía, va en aumento como ellos se van aumentando y creciendo, sin jamás verse satisfecho el apetito. Bien clara muestra desta dio Huascar Ynga, que en viendo ya concluidas las inauditas fiestas de su coronación y desposorio, lo primero que trató, sin dar lugar de descansar a los capitanes que en la guerra habían servido a su padre, fue de ensanchar su estado y ampliarle, porque entre los ingas se tenía por mengua, después que creció su poder, con el no hacer hazañas y no conquistar nuevas tierras y naciones, y así Huascar entró en acuerdo con sus mensajeros, a los cuales pareció que por la parte de los chachapoyas se hiciese una entrada, y para ello mandó apercibir en todas las provincias de su reino soldados nuevos, los más valientes y esforzados que se hallasen, y a los orejones ordenó que los mejores y más atrevidos se hiciesen dos ejércitos. Habiéndose juntado en el Cuzco con la demás gentes que de fuera vinieron, declaró no querer él ir en persona a la guerra, sino que gustaba hacerla por medio de sus capitanes, de los cuales nombró por su capitán general al traidor Chuquis Huamán, que ya dijimos que presto le llegó el pago de su alevosía, y con él a su hermano Tito Atauchi. Dioles comisión para que con ellos fuese Unto, gobernador de los chachapoyas.

Aderezadas todas las cosas para la partida y habiendo en presencia de Huascar Ynga hecha reseña general del ejército, salieron los dos hermanos poco a poco del Cuzco, no queriendo a los principios cansar la gente con jornadas largas, y llegaron al Avanto y de allí entraron por la provincia de Pumacocha y conquistaron parte della, y pasaron adelante con ánimo de prender al señor principal de toda la provincia, el cual, sabida la intención de los capitanes del Ynga, con la gente más valiente y de quien más confianza tenía, se fue retirando a un sitio y fortaleza llamada Pumacocha, y allí se fortaleció como mejor supo y pudo de las cosas necesarias a la defensa del fuerte. Y Chuquis Huaman, sabido el lugar donde se había encastillado, caminó con todo su ejército sobre él y llegado a Pumacocha le cercó en torno por todas partes, poniendo guardas y espías, porque no se le fuese, pensando cuando no

podiese haberle a las manos, por fuerza de armas que la hambre se lo haría entregar. El señor de Pumacocha, habiendo estado cercado algunos días y viendo que el cerco iba a la larga y conociendo la intención con que su enemigo estaba de cogerle por falta de comida, y entendiendo que esto era su perdición, por no poderle meter ningún socorro por las muchas guardas y el gran ejército del Ynga, acordó librarse por maña y arte, donde la fuerza le sobrepujaba. Y así envió mensajeros a Chuquis Huaman y Tito Atauchi, con mucha humildad, diciendo que bien conocía que era por demás tratar de la defensa contra un ejército invencible, como era el suyo, y así él tenía voluntad de entregarles la fortaleza y toda su tierra y sujetarse a Huascar Ynga y reconocerlo por rey y señor para siempre, y que mandaría que el restante de su tierra, que no había venido a su poder y obediencia, hiciese lo mismo que él, pero que había de ser con condición que no le robasen y destruyesen la tierra, matando la gente della, pues de su voluntad se entregaba y no por fuerza. Oída esta embajada por Chuquis Huaman y Tito Atauchi, trataron los embajadores del señor de Pumacocha con mucha cortesía y humanidad, y les agradecieron la buena intención con que venían y el buen consejo que habían tomado en su negocio y aceptaron en nombre de Huascar Ynga su señor, el ofrecimiento que les hacía de la fortaleza y todo lo demás restante de la tierra y prometieron que el señor de Pumacocha y todos sus vasallos serían muy bien tratados y honrados, así del Ynga como de sus capitanes, sin consentir ahora ni siempre se les quitase nada de lo que poseían y tenían, sino antes se lo aumentarían y harían cada día nuevas mercedes. Hechos los concertos y habiendo regalado a los embajadores, y dádoles de comer y beber en abundancia, y muchas ropas finas de todas suertes, los despidieron.

Muy contentos Chuquis Huaman y Tito Atauchi con el buen suceso que parecía iban tomando sus negocios en aquella conquista, pareciéndole que volvería al Cuzco rico y triunfante, y que sería muy estimado del Ynga, habiendo concluido lo que se le había encargado, tan felizmente, para entrar en la fortaleza de Pumacocha y apoderarse della, como se había concertado, mandó apercibir tres mil indios orejones, charcas y de otras naciones de los más escogidos de todo el ejército para que fuesen con él arriba haciéndole compañía y lo demás del restante del ejército se quedase en el Real donde habían estado de la otra parte del un río que allí había. El señor de Pumacocha, para más disimular su traición que tenía pensada y descuidar mejor a los capitanes de Huascar, les envió grandes presentes de plumas y pájaros muy vistosos y lindos, los cuales habiendo recibido Chuquis Huaman los envió a su señor Huascar Ynga, con mensajeros, dándole aviso como tenía conquistada

aquella provincia y que le había dado obediencia y todos le reconocían por señor, no sabiendo el engaño que se le aparejaba.

Y así, habiendo despachado al Ynga los mensajeros, salió Chuquis Huaman de su Real, dejando en él a su hermano Tito Atauchi, con los tres mil indios orejones y de otras provincias, que estaban aparejados para ir en su compañía, y con ellos entró por un montecillo que cerca de la fortaleza estaba y subieron todos a ella, y al camino le tornó a enviar el señor de Pumacocha muchos presentes y regalos de cosas de su tierra, para con ellos asegurarlo más. Llegado a la entrada de la fortaleza Chuquis Huaman salió al encuentro el señor de Pumacocha, y con rostro alegre y grandes muestras de buena voluntad le hizo reverencia con todos los principales de los suyos y le dio obediencia en nombre de su señor Huascar, recibéndole por tal y le entregó la fortaleza y toda su tierra como tenía prometido y luego se sentaron en la Pampa, donde hizo una solemne fiesta a los que habían entrado con Chuquis Huaman, dándoles de comer y beber en abundancia. Otro día por la mañana, sin haber dado muestras de su ruin y dañado pecho en cosa por donde Chuquis Huaman se pudiese recelar del ni los suyos, le dijo el señor de Pumacocha que si gustaba se querían holgar en la fortaleza él y todos los suyos, para que por sus ojos viese los vasallos y gente nueva de los cuales daría la obediencia a su hermano y señor Huascar Ynga. Chuquis Huaman se lo concedió con mucha voluntad y gusto, y así se juntaron grandísima cantidad de aquellos indios de Pumacocha y entraron en la plaza de la fortaleza, que era muy grande, con invenciones para hacer la fiesta al Chuquis Huaman. Todos venían aderezados con sus armas secretas sin que las pudiese ver ninguno de los indios del Ynga, y así comenzaron a celebrar su fiesta, con bailes y danzas y grande ostentación de regocijo y contento, y Chuquis Huaman les dio muchas dádivas de cosas del Cuzco, que no había en aquella provincia, todo para acariciarlo más y mostrarles amor. Así estuvieron holgándose desde la mañana hasta que pasó el medio día, brindando los chachapoyas a priesa a los orejones y demás soldados del Ynga, y ellos menudeando los vasos y la bebida, con más priesa que se la ofrecían, hasta que los humos de la chicha se fueron subiendo por las chimeneas arriba, de suerte que dieron señal que ya estaban apoderados de los altos y bajos de las casas.

Entonces los chachapoyas, que moderados habían andado, conociendo la ocasión, la cogieron por los cabellos y cerrando las puertas de, la fortaleza salió la demás gente que el señor de Pumacocha tenía apercebida y con ímpetu furioso dieron sobre los orejones y demás gente, y de los primeros mataron al traidor de Chuquis Huaiman, con que remató su vida y

traiciones, y no gozó del triunfo que deseaba y con él juntamente murió Unto, que había entrado allá y fue tal la matanza y la gana con que la hacían, que no escapó de la gente del Ynga, sino solos mil indios de tres mil que habían entrado en la fortaleza. Esos que escaparon más fueron guiados en la huida de una suerte venturosa, que no de industria ni diligencia suya. Y los chachapoyas, hecha esta mortandad, se bañaban en la sangre de Chuquis Huaman, untándose con ella el rostro y en la demás de los enemigos y luego alegres y regocijados empezaron de nuevo a hacer fiestas y bailes.

Los mil indios de las manos de los chachapoyas escaparon, vinieron a dar aviso al Real, donde había quedado Tito Atauchi con el ejército, donde oída tan nueva todo fue confusión y alboroto, sin saber adónde acudir en tal trance, temerosos que los enemigos no viniesen sobre ellos, que sin duda si siguieran el alcance y arremetieran al Real los desbarataran haciendo una notable destrucción. Pero olvidados deste pensamiento, no salieron de la fortaleza como debieran, y Tito Atauchi y demás capitanes tristes y dolorosos de tan no pensado suceso, tomaron por último remedio por entonces retirarse, y así con la mejor orden que pudieron se retiraron al Avanto, donde se fortalecieron y los chachapoyas tomaron las cabezas de Chuquis Huaman y demás indios principales que habían muerto, y las pusieron en, las puertas de sus casas por trofeo e insignia de su valentía, o por mejor decir de su traición.

Capítulo XLV

De la venganza de la muerte de Chuquis Huaman, y cómo llegaron a Huascar Ynga mensajeros de su hermano Atao Hualpa

Tito Atauchi y los demás capitanes como se certificaron de la muerte de Chuquis Huaman por las señales de ver puesta su cabeza en lugar público, que habían sospechado lo tendrían en prisión, habiéndose retirado como está dicho, enviaron mensajeros al Ynga a avisarle de la muerte de su hermano y de todos los sucesos, y la traición con que los de Pumacocha lo habían cogido y muerto. Juntamente con el aviso le enviaron pintada toda la tierra y la traza della, y donde estaba asentada la fortaleza y el sitio que tenía, lo cual hicieron con consejo de Tambusca Mayta, capitán de la gente de Urincuzco y de Jicci de Hanancuzco. Llegados al Cuzco los mensajeros y dando a Huascar Ynga la nueva, tan no pensada, del desastrado suceso de su hermano Chuquis Huaman, no hay palabras con que significar la

pena que recibió y el llanto que secretamente hizo. Porque por la traición pasada estaba este hermano muy en su gracia y hacia mucho caudal dél, y quiso él mismo en persona ir a la venganza de tan gran traición, pero Ynga Roca, sacerdote mayor, y los demás se lo estorbaron, poniéndole por delante el riesgo que corría de las asechanzas de los enemigos. Habiendo habido acuerdo sobre el modo con que podía socorrer a su gente, y concluir la conquista, destruyendo la tierra, envió comisión nuevamente a Tito Atauchi y a Maita Yupanqui, tío de Huaina Capac, con nuevo ejército de muy valerosos soldados de todas naciones, y a decir la manera y orden que habían de tener en combatir la fortaleza de Pumacocha, por la traza que había visto. Y fue que los indios, que eran de tierras ásperas y fragosas, entrasen en la fortaleza por las partes montuosas y los demás por un lado donde había llanura, y los orejones por el camino Real que iba a dar a la frente della. Y así salió el ejército nuevo del Cuzco, y llegado al Avanto, donde estaba retirado Tito Atauchi y los demás, se juntaron, y viendo la comisión diferente que antes y traza mejor para tomar la fortaleza, partieron de allí con más cuidado y recato que la vez pasada, en buen orden de guerra.

Llegados a la fortaleza de Pumacocha la cercaron, destruyendo toda la tierra en contorno y quemando mucha parte de los montes que había cerca della por las partes do le podía entrar socorro de repente. Así estuvieron un mes dándole recios combates y al cabo le dieron por todas partes, uno con toda la gente, en el cual entraron en la fortaleza, haciendo una lamentable destrucción en los que en ella estaban, satisfaciendo el deseo que tenían de vengar la muerte de Chuquis Huaman y los que con él murieron. En la toma y entrada llevaron la loa los tomebambas y los quihuares, huaros y chupaicos. Habiendo preso gran multitud de los chachapoyas hizo Tito Atauchi con ellos diligente inquisición de los que se habían hallado en la fortaleza en la muerte de Chuquis Huaman, y a todos los que ayudaron a la traición los hizo hacer pedazos, y asoló y destruyó sus tierras y poblaciones, para memoria del castigo. Algunos bien agestados guardó para el triunfo con que había de entrar en el Cuzco y los que no se habían hallado en la muerte de Chuquis Huaman, en la fortaleza, dejólos para población della y de la demás tierra. Y habiendo pacificádola toda y puesto orden según su costumbre, y dejando guarnición de soldados, volvió con el ejército victorioso y triunfante hacia el Cuzco, conforme tenía la orden de Huascar Ynga, trayendo consigo a los hijos del señor de Pumacocha para el triunfo, porque al padre, luego que lo tuvo en las manos, lo mandó hacer cuartos y poner por los caminos de su misma tierra, para más atemorizar a sus vasallos para que no intentasen rebelarse de nuevo. Llegados cerca

del Cuzco y sabido por Huascar Ynga, salió acompañado de todos sus hermanos y parientes, entró con todo el ejército vencedor y triunfo de los cautivos y vencidos solemnísimamente, y con mucha grandeza por haber sido la primera victoria que sus capitanes habían alcanzado en su nombre. A todos los que en la empresa se señalaron hizo diferentes mercedes de ganado, vestidos de todas suertes, criados y mujeres, y mandó hacer muy regocijadas fiestas en el Cuzco, para más ostentación y memoria de la victoria.

Estando Huascar Ynga en estos placeres y contentos, le llegaron mensajeros de Quito, enviados de su hermano Atao Hualpa a darle el parabién de la asunción suya en el reino y de ser Ynga y señor, y a decirle cómo él estaba en aquellas provincias por él, y que le suplicaba, pues era su hermano, y tan obediente, le diese la gobernación dellas, para que en su nombre las guardase y defendiese de sus enemigos y se las rigiese, y que el Hacedor le tuviese de su mano y la tierra le obedeciese todo como a único señor della, y que el Sol su padre le diese infinitos reinos y señoríos, los cuales poseyese y gobernase en paz y sosiego, para siempre, y que envejeciese en ellos y dejase a sus hijos por herederos, y que engrandeciese el reino de su padre, y lo aumentase como habían hecho sus antepasados y fuese respetado y tenido de sus enemigos como los Yngas sus antecesores. Oída esta embajada por Huascar Ynga, como vino en medio de los placeres del triunfo, se holgó mucho con ella, y recibió los mensajeros de su hermano Atao Hualpa con honra y les hizo mercedes. Estos mensajeros trajeron muchos presentes y ricos dones a Rahua Ocllo, madre de Huascar Ynga, y a su mujer Chuqui Huipa y Rahua Ocllo los recibió muy bien, lo cual sabido después por Huascar Ynga y que habían traído a su madre y mujer dádivas, tomó mala sospecha dello, y de allí a algunos días mandó llamar los mensajeros de Atao Hualpa con mala voluntad, y con poca cortesía y muestras de tibieza, les dijo: decidle a mi hermano que pues se quedó en esa tierra y está en ella desde la muerte de mi padre, mire con mucho cuidado por ella y la gobierne tratando los naturales y soldados de guarnición muy bien, y que no haya quejas dél ningunas, que yo le despacharé mis mensajeros a Quito y le mandaré mediante ellos lo que tiene que hacer allá, y con esto los despidió. Los mensajeros se volvieron a Quito a do estaba Atao Hualpa y le dijeron todo lo que su hermano les había dicho, y él oído esto, no sospechando mala voluntad ni falta de amor en su hermano, se holgó mucho, pensando que estaba en su gracia, y habiendo regalado a los mensajeros se vino a Tomebamba y allí mandó hacer unos suntuosísimos palacios para su hermano Huascar, de mucha labor y artificio, y con este achaque hizo hacer y levantar otros para sí, de no menor grandeza y majestad, de

lo cual empezaron las diferencias y emulaciones entre los dos hermanos cómo adelante diremos.

Capítulo LI

De la embajada que envió Huascar Inga a Huanca Auqui, y de las batallas que tuvo con la gente de Atao Hualpa, y al fin se retiró

Estando Huanca Auqui con la intención dicha, aparejándose para entrar de propósito a la jornada y conquista de los pacamoros, le llegaron mensajeros de su hermano Huascar Ynga para él, Yahupanti y Huaca Maita, los cuales trajeron acsos y llicllas para que se vistiesen, menospreciándolos, y también les envió espejos y mantur con que se afeitasen como si fueran mujeres, y a decir que con ellos se había descuidado, encomendándoles aquel negocio, pensando y teniendo dellos concepto que en el caso se gobernarán como hombres de vergüenza, y que lo habían hecho al revés en todo, peor que si fueran mujeres, y que ¿dónde estaban las palabras y blasones que habían dicho y prometido delante del Sol su padre? Que todo había salido al contrario, y que ya no eran dignos ni merecedores de tomar armas, ni ponerse vestiduras ni arreos de soldados valientes, sino de vestirse acsos y llicllas, como mujeres, pues tan mala cuenta habían dado de sí y de tanto número de gente como habían llevado consigo. Que sin duda se habían aliado y concertado con Atao Hualpa, pues siempre se envidiaban unos a otros mensajeros y presentes, y que luego se viniesen al Cuzco a dar cuenta al Sol de lo que les había sucedido en las batallas y rencuentros y que viniesen con aquellos vestidos de mujer como personas que lo habían hecho peor que mujeres.

Cuando Huanca Auqui oyó esta embajada de Huascar tan vil y afrentosa, que con tantos menosprecios le afrentaba y ultrajaba, juntó a consejo a todos los capitanes, trató con ellos de tornar de nuevo contra los capitanes de Atao Hualpa que estaban en Tomebamba y ver si podía restaurar las quiebras y menoscabos pasados. Todos juntos siendo de acuerdo salió de Cusi Pampa con buen orden e incomparable presteza porque no hubiesen aviso de su venida, y llegado a Tomebamba les embistió y dio batalla y desbarató toda la gente de Atao Hualpa, que sabiendo lo sucedido recibió grandísima pena y en su pecho determinó de seguir la guerra hasta el fin, sin descansar, pues a él le provocaban y dijo: ¿cómo es posible que habiendo yo dejado de destruir a mi hermano Huanca Auqui, y se fuese en paz cuando le vencí en Tomebamba, y habiendo yo puesto mis mojones en Cussi Pampa, con ánimo de vivir

quieto y no querer disgustar a mi hermano Huascar Ynga, ni hacerle guerra ni molestia en sus vasallos, me ha querido hacer ahora esta burla? Pero, pues, así es, yo quiero tomar de veras este negocio y darle la guerra como verán, y proseguirla hasta que uno de los dos quede quieto y pacífico en el señorío.

Y luego envió un mensajero a Huanca Auqui que le dijese, avergonzándole, si se había vestido los acssos y llicllas que Huascar Ynga le había enviado, en pago de tantas batallas como había vencido, que si no se las había puesto se las pusiese y volviese al Cuzco con ellas para entrar en triunfo. En enviando el mensajero ordenó de hacer el más poderoso ejército y de más número de cuantos hasta allí había hecho. Nombró por General dél a Quisquis, el principal capitán suyo, que había servido a su padre Huaina Capac en todas las guerras y conquistas, y a Chalco-Chima por su teniente, o por maese de campo como agora se usa, porque era indio ingenioso y de grandes ardidés de guerra, cruel y astuto, y por capitanes nombró a Yura Hualpa, natural chirque, a Rumiñauí, natural quiles cache, que es sujeto a Corca tres leguas del Cuzco, y a Tumairima y Ucumari y otros muchos. Y habiendo hecho reseña general de todo el ejército, que era de todas las naciones de cerca de Quito y de los soldados viejos que allí había puesto su padre Huaina Capac, los despachó, mandando al general que siguiese a Huanca Auqui hasta Caxa Marca, y llegando allá pusiese sus mojones en el río Tanamayo. Quisquis, con todo el ejército, se vino por sus jornadas hasta llegar a Cusi Pampa, a do alló a Huanca Auqui, el cual le salió al encuentro con mucha determinación y ánimo. Y tuvieron una tan reñida batalla que de ambas partes murió infinita gente, y como fuese la pujanza del ejército de Atao Hualpa tanta, que sin duda era mayor que el de Huanca Auqui, le desbarataron e hicieron retirar a Cusi Pampa, a los fuertes que tenía allí aderezados.

Visto por Huanca Auqui lo mal que le había ido y el mucho número de gente que había perdido en la batalla, y el enemigo victorioso y soberbio, y el poco socorro que de ninguna parte podía esperar tan presto, acordó aquella noche hacer un Parlamento a los cañares y tomebambas que allí estaban por mitimas puestos por su padre Huaina Capac, y a sus capitanes, diciéndoles que ya veían por sus ojos el poco remedio que tenían de escapar de las manos de sus enemigos, que tan pujantes estaban, y que a él le parecía, con su acuerdo y voluntad, aquella noche se huyesen hacia Caja Marca con todas las riquezas y huacas que de Tomebamba habían traído, hasta que hallasen ventura, o gente de socorro que les pudiese favorecer, y se amparasen en algún lugar fuerte, hasta que Huascar le mandase lo que había de hacer, pues no retirándose tenían vendidas las vidas, y era imposible no perderlas, y

todas las riquezas que allí tenían vendrían a manos de los enemigos con que se harían más poderosas y soberbios. Oído lo que Huanca Auqui propuso, todos convinieron en ello, que era grande el miedo que habían concebido, y con los malos sucesos todos se habían acobardado. Así lo propusieron por obra, y con todo el silencio del mundo aquella misma noche, trayéndose las huacas y riquezas dichas, se empezaron a retirar, no dando muestras que huían, y en las provincias por donde pasaban se iban rehaciendo de gente dellas, por fuerza o por grado. Y así, poco a poco, sustentándose como mejor podían, se iban retirando hacia el Cuzco, y Quisquis con su ejército siempre sobre ellos, no perdiendo ocasión ninguna en que les pudiese hacer daño y matarle de la gente desmandada que no gozase della. Desta manera llegaron a Caja Marca, a donde Huanca Auqui halló un buen socorro de diez mil indios chachapoyas que Huascar Ynga, sabiendo los ruines sucesos de su ejército, había mandado saliesen de ayuda, para que le reforzasen. Con este aliento se holgó en gran manera Huanca Auqui y se animó algo, y mandóles que se fuesen a encontrar con Quisquis, que venía cerca, y llevasen consigo la gente que él tenía de cañares y tomebambas y otras naciones, y le diesen batalla en algún lugar fuerte donde le tuviesen ventaja. Él no quiso ir con ellos pareciéndole que en su desdicha iba el perder siempre las batallas, y así se quedó en Caja Marca cansado, por aliviarse algo de los trabajos pasados.

Capítulo LII

De cómo Quisquis venció a los chachapoyas, y a Huanca Auqui, en otras dos batallas
Juntos los chachapoyas recién venidos con el restante del ejército de Huanca Auqui, salieron de Caja Marca a gran prisa y se fueron a encontrar con Quisquis al camino, y se vieron en Concha Huaila, que es entre Huanca Pampa y Caja Marca, y otro día por la mañana, con buen orden, le presentaron la batalla, aunque iban los unos y los otros cansados del camino. Pero como Quisquis y sus soldados venían victoriosos, no tardaron de romper y desbaratar a los chachapoyas y demás que con ellos se habían juntado, y fue tanta la mortandad que en ellos hizo Quisquis que de diez mil que eran los chachapoyas no se escaparon más de tres mil apenas, los cuales heridos, y los que pudieron retraer de las demás naciones, se vinieron huyendo adonde estaba Huanca Auqui en Caja Marca, salvo algunos de los chachapoyas, queteniéndose por venturosos, y no queriendo volver a ponerse en nuevo riesgo, pareciéndoles que las cosas de Huanca Auqui iban muy de caída, secretamente se fueron a sus tierras.

Vistos tantos desmanes y adversidades por Huanca Auqui, y que Quisquis cada día iba aumentando su ejército de gente y con las victorias haciéndose más temido, no le pareció aguardarle en Caja Marca, pues no tenía socorro ni remedio alguno para resistirle, y así se salió de Caja Marca con lo poco que le había quedado de su ejército. A grandes jornadas se retiró hacia el Cuzco, dejando aquellas provincias desamparadas y sujetas al furor del enemigo, que le venía siguiendo a gran prisa. Llegado Huanca Auqui a Bombón halló un grandísimo ejército que Huascar Ynga le enviaba de todas las provincias del Collao y otras vecinas, y contento con tan buena ayuda reparó allí y descansó él, y los que con él venían, y se rehízo de todo lo necesario de armas y vestidos, de lo que había en los depósitos, porque su gente con tantas pérdidas venía destrozada y desnuda y aun ambrienta, y así aguardó a sus enemigos, deseoso de restaurar los daños pasados.

Sabido que llegaban cerca de Bombón les salió fuera con buen orden y ánimo, habiendo esforzado a toda su gente con palabras de gran confianza, y aguardó la batalla en la puente del río llamado Bombón, y allí se embistieron los unos y los otros con brava furia. Fue tan reñida la batalla que duró hasta la noche, sin que se conociese ventaja ninguna de ambas partes. Al otro día por la mañana se tornó a ella con nuevo brío y deseo, que los de Huanca Auqui se habían animado, viendo la resistencia que el día antes habían hecho al enemigo, tan hecho a vencer, y habiendo peleado todo el día los departió la noche sin vencimiento, y con infinitas muertes. Al tercero tornaron a pelear, ya como desesperados los unos y los otros. Como la pujanza de Quisquis fue tan grande que traía doblado ejército del que sacó de Tomebamba, a causa de que en todas las provincias que ganaba se rehacía de gente nueva, y todos se le juntaban de temor de los grandes y crueles castigos que hacía en los que no les salían a dar la obediencia, y en los gobernadores puestos por Huascar Ynga en las provincias, pudo tanto, que al cabo desbarató el ejército del Ynga y lo venció con infinita mortandad dél, y los hizo huir, a los que de la muerte se escaparon, vergonzosamente. Vista tanta desventura por Huanca Auqui y el desbarate y menoscabo de su ejército, y que les era forzoso huir y retirarse con los demás, lo hubo de hacer con harto dolor de su ánimo, y se retrajo hasta jauja, donde le llegó otro socorro no pequeño de soras, chancas, rucanas, aymaraes y quíchuas, y de huancas y yauyos, y viendo esto, acordó de juntar éstos ejércitos y ponerlos en orden para salir a probar de nuevo ventura contra Quisquis, que ya venía sobre él a gran furia. Y, puesto todo a punto, salió dos leguas de jauja hacia Huánuco, a un valle llamado Yanamarca, a do se encontró con sus enemigos, y les presentó la batalla, mostrando que los desastres y vencimientos pasados no le habían acortado el ánimo, y se

empezó a pelear de ambas partes con gran determinación y braveza, cayendo infinitos muertos y sustentando el tesón de la batalla casi todo el día. Como ya Huanca Auqui tuviese la fortuna por opuesta y los enemigos favorable, al fin, fue vencido por Quisquis y Chalco Chima, con tan lamentable destrucción de los suyos que no se puede contar, y fue de tal manera la matanza que hasta hoy está todo aquel valle lleno de huesos de los que allí murieron. Huanca Auqui, que como tenía desdicha en ser vencido, tenía ventura en escaparse de las manos de sus enemigos, se retiró desbaratado con algún poco número de gente hasta Paucaray. Allí descansó algunos días, que los contrarios no le siguieron porque estaban muy cansados y tuvieron necesidad de curar los heridos y repararse de gente, porque perdieron mucho número della en la batalla.

Estando Huanca Auqui en Paucaray no sabiendo qué consejo tomar en tanta desdicha, le llegó una capitania de orejones con un capitán llamado Maita Yupanqui, que dijo a Huanca Auqui de parte de su hermano Huascar Ynga, que qué cosas eran aquéllas, que cómo se había dado tan mala maña en la guerra y en perder tantas batallas y tanto número de gente, y venirse retirando dejando destruidas las provincias, y que no era posible sino que se hubiese hecho de concierto con Atao Hualpa, su hermano, y Quisquis, su general, en su nombre, pues tales cosas habían sucedido entre ellos y tanta suma de gente, de la mejor, había dejado perder en las batallas. A lo cual Huanca Auqui, sentido de que en su fidelidad se pudiese mácula y sospecha, respondió que no era verdad que entre él y Quisquis hubiese algún concierto y alianza contra lo que él era obligado, sino que no había podido más, que siempre había hecho todo su poder, y ordenado las batallas conforme entendió que estaban mejor para vencer a sus enemigos, y que si había sido desbaratado no estaba en su mano, sino en la del Hacedor que lo permitía así.

Entonces dicen que Huanca Auqui, con el enojo y cólera de lo que Huscar le envió a decir, estuvo resuelto y determinado de pasarse a su hermano Atao Hualpa y hacerse a una con él, por vengarse de lo que le imputaban. Pero los capitanes que desde el principio habían venido con él del Cuzco y se habían hallado en todas las batallas, le persuadieron no hiciese tal, que con ello sería confirmar las sospechas en que malsines y chismosos le habían puesto con Huascar y sería causa de la destrucción de sus hijos y parientes y amigos que hasta allí le habían seguido y los que en el Cuzco estaban, que los mandaría Huascar matar luego que supiese que se había pasado al campo de Quisquis. Así lo dejó de hacer, que sin dudar estuviera mejor haberlo hecho, pues después murió por orden de Atao Hualpa, con Huascar, cuando los llevaban presos, como veremos.

Entonces Huanca Auqui dijo a Maita Yupanqui, capitán de los orejones, que fuese a encontrarse con Quisquis, para que viese la fuerza y valor y el número de su ejército. Los orejones, como valerosos, pasaron adelante a toparse con Quisquis en la puente de Ancoyaco, y allí tuvieron con él un rencuentro sangriento, e hicieron detener el ejército sin poder pasar el río, que es caudaloso, más de un mes, estando el ejército de Atao Hualpa de la una parte y los orejones de la otra. Estando de esta suerte, como no les fuese socorro ninguno enviado por Huascar, ni otro de sus capitanes, al fin, Quisquis los cargó un día con tanto denuedo que los desbarató y auyentó, pasando el río. Ellos siguieron a Huanca Auqui, que se iba retirando hacia Vilcas, a esperar nueva orden de Huascar Ynga.

Capítulo LVI

Cómo Quisquis mandó sacar a Huascar Ynga en público y de lo que con él pasó y las crueldades que empezó a hacer

No faltaba, para acabar de consumir los corazones de Rahua Ocllo y Chuqui Huipa y de los demás orejones que presos estaban, sino hacer lo que en aquel instante mandó Quisquis se hiciese para más afrenta y dolor y menosprecio dellos. Y fue a los que tenían a cargo a Huascar Ynga y los demás prisioneros, ordenó los sacasen en público con las prisiones, de la manera que estaban, y así los sacaron. Salió Huascar Ynga en un lecho de sogas y de Icha, atado fuertemente, y con él salieron Tito Atauchi y Topa Atao, sus hermanos, e Ynga Roca, su consejero mayor. Y, en saliendo de la casa donde estaban presos, toda la multitud del ejército de Quisquis alzó una confusa vocería por modo de burla y menosprecio, mofando dellos, y así fueron por medio de todos los orejones que sentados estaban y rodeados del ejército, diciendo: veis aquí a vuestro Señor, el que dijo que se había de convertir en fuego y agua en la batalla para destruir y acabara sus enemigos y había de hacer en ellos castigos nunca vistos. Visto y oído esto por los orejones, bajaron las cabezas con tanta pena y sentimiento de sus corazones cuanto no se podrá explicar, y con un llanto interior del alma pasaron su afrenta y trabajo. Entonces Quisquis, sentado, mandó llegar junto a sí a Tito Atauchi y Topa Atao, hermanos de Huascar, e Ynga Roca, su consejero, y otros presos de los más principales, y a Huascar Ynga mandó le bajasen del lecho de sogas donde estaba atado, y luego llamó a Rahua Ocllo, madre del dicho Huascar, y a su mujer Chuqui Huipa, y a

Huanca Auqui y otros capitanes, y los sacerdotes que habían dado la borlas a Huascar Ynga, para que en presencia de todos se desdijese, y preguntó Quisquis a Huascar Ynga, con unas palabras soberbias y de menosprecio: Quién destos os hizo a vos Señor e Ynga habiendo otros hijos de Huaina Capac mucho mejores que vos, que lo fuesen y lo merecían más. Oyendo esta pregunta Rahua Ocllo, antes que su hijo respondiese palabra, vuelta a él le dijo: esto merecéis, hijo, que se os diga y, en fin, todo este trabajo viene enviado de la mano del hacedor por las crueldades que habéis hecho con vuestros vasallos y las muertes que distes a vuestros hermanos y parientes tan sin razón, no habiéndose en nada ofendido. A estas palabras respondió Huascar Ynga a su madre, diciéndole: madre, déjanos a nosotros que somos hombres que eso que decís ya está hecho y no tiene ahora ningún remedio; y volviendo el rostro a Chalco Yupanqui, que era el sacerdote mayor de Sol, enderezó a él sus razones, diciendo: habla vos y responde a lo que me ha preguntado Quisquis, pues lo sabéis y lo vistes; y Chalco Yupanqui dijo a Quisquis: es verdad lo que me preguntas, que yo lo alcé a Huascar Ynga delante del Sol por Señor por mandado de su padre, Huaina Capac, que así lo dejó ordenado en su testamento y porque le venía de derecho ser Ynga, por ser hijo de Coya y haber sido su madre Rahua Ocllo, mujer legítima de Huaina Capac. Oyendo estas palabras Chalco Chima, que estaba presente, con grande ira y, enojo se levantó y dio una voz diciendo: mentís, que sois engañador, y con razón os tengo yo por tal, que en todo habéis mentido, que no mandó tal Huaina Capac cuando murió; y vuelto a Rahua Ocllo le dijo: si es así verdad, dad, a vuestro hijo, y aporreadle y afrentadle. Las cuales palabras dijo por menosprecio, y oyendo esto Huascar Ynga, llorándole el corazón lágrimas de sangre, dijo en alta voz: Quisquis y Chalco Chima, dejas desas razones, que no os toca averiguar lo que decís, que vosotros solamente sois mandados de mi hermano Atao Hualpa, y esta cuestión y diferencia no es entre los Anan Cuzcos y Urin Cuzcos, sino entre mí y mi hermano, y ambos somos hijos de Huaina Capac, y yo estoy nombrado por Ynga y Señor legítimamente, por venirme a mí de derecho, como vosotros sabéis muy bien, yo lo hablaré con mi hermano, y ambos nos entenderemos en este caso, y vosotros poca cuenta tenéis que tomar de esto ni de otras cosas. Oyendo esto Quisquis se alteró mucho viendo la libertad con que Huascar Ynga le había hablado, estando en su poder, y casi corrido dello, lo mandó volver a la prisión con los demás prisioneros, y que los guardasen con mucho recaudo no se huyesen, y levantóse en pie, juntamente con Chalco Chima, y dijeron a los orejones: ya vosotros estáis perdonados, idos al Cuzco y envidad a decir a todas partes a los que andan huidos al monte y a los que se han escondido, que

pierdan el miedo y salgan en público, pues ya todos están perdonados, Las cuales palabras dijeron cautelosamente y con fraude por sosegarlos, y después coger a los que querían y matarlos.

Concluido todo lo dicho por Quisquis y Chalco Chima, los orejones, tristes y afligidos, se volvieron al Cuzco con suma tristeza, diciendo: ¡oh Hacedor! ¿dónde estás tú agora, que diste ser a los Yngas? ¿cómo has permitido que tantos desastres y desventuras hayan pasado y pasen por ellos? ¿porqué para tan poco tiempo los ensalzastes y distes tanto señorío? Y diciendo estas palabras, sacudían las mantas que llevaban puestas hacia do estaba el ejército contrario, en señal de maldición y desdicha que sobre los causadores de aquello viniese. Y así llegaron al Cuzco, juntamente con Rahua Ocllo, madre de Huascar, y su mujer, Chuqui Huipa, adonde cada uno se fue a su casa, y allí de nuevo se comenzaron los llantos y gritos, visto cual quedaba el triste de Huascar Ynga en su prisión, temiendo que lo habían de matar como a los demás que aquel día habían muerto. Otro día por la mañana, Quisquis y Chalco Chima, queriendo hacerse tener más y que su nombre sonase en todas las provincias del reino, mediante los castigos que hiciesen, mandaron matar a todos los indios chachapoyas y cañares, que habían sido en las batallas presos, y con ellos a todos los caciques y capitanes y principales que estaban detenidos en prisión, lo cual se ejecutó luego con una crueldad nunca vista, y se vio un espectáculo temeroso y horrendo, porque unos fueron asaltados con tiraderas y varas tostadas; otros, muertos a macanazos; otros, abiertos por medio; otros, empalados con éstos, y otros mil géneros de muertes desesperadas. Todo esto mandaron hacer en esta nación porque el Cacique de los cañares, llamado Uelco Colla, había revuelto a los dos hermanos, Atao Hualpa y Huascar Ynga, metiendo entre ellos cizaña, quizás para destruirlos a entrambos en guerras que entre sí se hiciesen, como ya dijimos, pero bien lo pagó.

Capítulo LXVI

Que Manco Ynga salió del Cuzco y se rebeló y envió a ponerle cerco con sus capitanes
De poco aprovechamiento fueron las cartas del marqués Pizarro para que el trato que se hacía a Manco Ynga mejorase, como hemos dicho antes. Hernando Pizarro, su hermano, con una insolencia terrible, cada día trataba más mal al Manco Ynga, y lo hacía hechar preso sin

causa y luego lo soltaba, pidiéndole oro y plata, y siempre el cuitado le daba todo cuanto podía, y no contento con esto, por otra parte, maltrataba a los curacas y principales, haciéndose cada día más temido dellos y aun más aborrecible y odioso. Por no poderlo sufrir y para reparar lo que hacía, un día, por sacarle oro y plata, prendió a Manco Ynga y le dio trato de cuerda, y le quitó de sus mujeres por darle más dolor y pena. El Inga todo lo sufría, aguardando la ocasión dicha, pero hiciéronsele apresurar, porque sus capitanes Vilaoma y Anta Alca y otros parientes suyos y caciques principales, apurados de lo que veían y pasaban, no pudiendo ir ya, como dicen, atrás ni adelante, le dijeron a Manco Ynga: mira, Señor, que mejor es que nos defendamos y muramos por ello, que no hemos de estar toda la vida en tanta sujeción y miseria, tratados como a los negros de los españoles y aun con más aspereza, y así alcémonos de una vez y muramos por nuestra libertad y por nuestros hijos y mujeres, que cada día nos los quitan y afrentan. Movido ya con estas razones, Manco Ynga concedió con ellos y les dijo que saliesen del Cuzco para efectuarlo con más comodidad y se fuesen a Yucay, donde lo tratarían entre sí, y concertado esto pidió licencia a Hernando Pizarro y a sus hermanos, diciendo que se quería ir a holgar a Yucay y que le diese algunos españoles que fuesen con él, para que allí se regocijase con ellos y lengua para hablar con los españoles que fuesen con él. Esto de pedir soldados fue para disimular mejor su trato e intención.

Hernando Pizarro y los demás hermanos y capitanes, no recelándose de Manco Ynga, ni pareciéndoles tenía sentimiento de las injurias que le hacían, consintió en que se fuese a Yucay, y dióle por intérprete a un indio Huancavilca, llamado Antonillo. Así, con su beneplácito, salió del Cuzco y no quiso volver más a él, y todos los indios de las provincias le siguieron, y los que más en número fueron con él eran los cañares y chachapoyas, que ahora residen en el Cuzco. Cuando salió para irse a Yucay se quedaron, que no quisieron ir con él o por deseo de servir a Su Majestad o por particulares pasiones y odios que entre ellos hubiese, Pazca, Huayparosoptor, Cayo Topa, hijos de Auqui Topa Ynga y sobrinos de Huaina Capac. También se quedó don Juan Iona y don Luis Utupa Yupanqui y don Pedro Mayor Rimachi, con otros muchos indios naturales del Cuzco. En viéndose Manco Ynga en Yucay libre de las manos y opresión de Hernando Pizarro y sus hermanos, habiendo conferido con sus capitanes y consejeros el negocio, hizo llamamiento general a todas las provincias y gentes dellas, y habiéndose juntado mucho número, muy de veras trató con los principales el alzamiento, y cómo se había de efectuar mejor y con más brevedad, sin que los españoles se pudiesen defender ni librar de sus manos. Y no lo pudo

hacer tan secreto que no viniese a noticia de Hernando Pizarro y sus hermanos. Sabido por él, enviaron algunos españoles que al disimulo fuesen por él y lo trajesen, no mostrando recelarse dél. Pero él estaba ya prevenido, y cuando llegaron adonde él estaba no quiso venir, antes se defendió con grandísimo ánimo y osadía, y embistiendo a los españoles los hizo retirar y a los indios que venían con ellos y, no contento, los fue siguiendo y los hizo huir hasta el Cuzco.

Viendo ya Manco Ynga su negocio declarado y que no se podía escusar la guerra, parecióle concluirlo de una vez acabando a Hernando Pizarro y a los demás conquistadores que había en el Cuzco. Así dentro de tres o cuatro días envió gran multitud de gente y por general della a Inquill, que representaba su persona, y por capitanes a Vila Oma y a Paucar Huamán, los cuales salieron de Yucay y vinieron a mucha prisa y cercaron el Cuzco. Fue tan riguroso y apretado el cerco, que se vieron Hernando Pizarro y los españoles en un aprieto notable, y tan afligidos que los indios no les dejaban tomar agua para beber, sino que a lanzadas y arcabuzazos la habían de ganar, que siendo cosa tan necesaria y en el Cuzco habiendo, como es notorio, tan poca, llegaron a todo el extremo posible. Y más, que Inquill hizo quemar todo cuanto pudieron de la ciudad, que fue nueva aflicción y trabajo. Duró, sin dejarlos descansar, el cerco dos meses, peleando cada día e impidiéndoles los indios el entrarles comida ni otros bastimentos.

Viendo Hernando Pizarro y sus hermanos y los demás capitanes que tan a la larga iba -el asedio-, y que socorro de Lima no le podían tener, porque aunque habían avisado no sabían si llegara la nueva o no, determinaron con Pazca, que era capitán de los indios de la ciudad y amigos, de salir y dar batalla a los indios que los tenían cercados. Así por dos partes les embistieron con temeraria furia y denuedo, resolutos de morir o de hacer alzar el cerco. Rompieron primero por la parte de Carmenga, y con ventura favorable rompieron la gente de Chinchay Suyo que estaba por aquella parte, y eran capitanes dellos Curi Atao y Pusca, y así rompidos los fueron siguiendo, matando e hiriendo en ellos, sin dejarlos reparar, aunque quisieron rehacerse, y los llevaron hasta donde solía ser el pueblo de Jicatica, de donde viene una fuente de agua que es la principal que sustenta al Cuzco. Desde allí dieron la vuelta por la falda del cerro de Zenca y llegaron a la fortaleza y de allí vieron que Vilaoma y Paucar Huaman, que valerosamente se habían resistido, estaban abajo junto a la ciudad, peleando con grande ánimo con los españoles.

Los cuales como de allá abajo vieron a los españoles en Chuquibamba, que estaba junto a la fortaleza, paresciéndoles que debían de haber vencido a los de Chinchay Suyo, y que si

bajaban les tomarían las espaldas y los matarían a todos, faltos de ánimo con la vista del enemigo en lo alto, dejaron de pelear y se fueron con buena orden retirando y se entraron en la fortaleza, haciéndose fuertes en ella, porque es lugar muy aparejado para defenderse y ofender. Viéndose dentro, los españoles se retiraron, y ellos desde allí hacían grandísimo daño en los españoles e indios amigos, y visto por Hernando Pizarro la buena ventura y suceso que Dios le había dado en desbaratar a los enemigos y hacerles por fuerza alzar el cerco, determinó con sus compañeros y con Pazca, general de los indios amigos y los negros que tenían, e indios de Nicaragua, cercarle la fortaleza y procurar entrar dentro y echar de allí a Vilaoma y a los suyos. Así lo puso por obra, cercándoles por todas partes, y en esto estuvieron cuatro días.

Antes que adelante pase, quiero referir lo que he oído contar a españoles e indios por cosa constante y verdadera, y es que dicen que andando en el mayor conflicto de la pelea apareció uno de un caballo blanco, peleando en favor de los españoles y haciendo en los indios gran matanza, y que todos huían dél. Muchos españoles tuvieron por cierto que era Mansio Sierra, conquistador principal del Cuzco, y que después, averiguando el caso, hallaron que Mansio Sierra no había peleado allí sino en otra parte y no había otro que tuviese caballo blanco, sino él, y así se entiende haber sido el Apóstol Santiago, singular patrón y defensor de España el que allí apareció, por lo cual la ciudad del Cuzco le tiene por abogado. También se refiere por los indios que, estando abajo peleando y teniendo apretados. en gran manera a los españoles, una mujer les cegaba con puñados de arena y no podían parar delante della, sino todos le huían, la cual se presume haber sido Nuestra Señora Abogada y Madre de los pecadores, que querría en aquel trance favorecer a los españoles, y así la Santa iglesia del Cuzco la tiene por patrona y titular suya. Poderoso es Dios para favorecer a los suyos y más cuando menos esperanza pueden tener del favor y socorro humano, entonces llega con el suyo para que se estime en lo que es razón. Démosle todos por sus infinitas misericordias gracias perpetuamente.

LIBRO II.

Capítulo II

Del Palacio Real del Ynga, llamado Cuusmanco, y de sus vestidos e insignias

Como los Yngas, desde Manco Capac, que dio principio a esta monarquía, fuesen cada uno por su parte añadiendo a su señorío y extendiendo sus reinos y vasallos, así cada cual iba extendiendo y ampliando su casa y Palacio Real, con edificios magníficos y suntuosos, aumentando la guarda de su persona y concediendo a los de ellas más libertades y privilegios, y poniéndolos en más orden y policía, y haciendo mayor muestra de su grandeza. Tenía el Palacio Real, llamado entre ellos Cuusmanco, dos soberbias puertas, una a la entrada dél y otra de más adentro, de donde se parecía lo mejor y más digno de estas puertas, y su obra era de cantería famosa y bien labrada, porque causa admiración notable que, no teniendo estos indios picos, ni otros instrumentos con que labrar y pulir las piedras, como no los tenían, las labrasen y ajustasen tan cabal y perfectamente, que no tenía el entendimiento más que desear, ni tacha ninguna que les poner. A la primera puerta, en la entrada della, había dos mil indios de guarda con su capitán un día, y después entraba otro con otros dos mil, que se mudaban de la multitud de los cañares y de chachapoyas. Estos soldados eran privilegiados y exentos de los servicios personales; los capitanes que los gobernaban eran indios principales de mucha autoridad, y cuando el Ynga iba a la Sierra, iban junto a su persona, y se les daban las raciones ordinarias y pagas aventajadas, y andaban de ordinario acompañados de los hijos de los curacas y principales, muy lucidamente aderezados.

A esta puerta primera, donde estaba la guarda dicha, se seguía una plaza, hasta la cual entraban los que con el Ynga venían acompañándole de fuera y allí paraban, y el gran Ynga entraba dentro con los cuatro orejones de su consejo, pasando a la segunda puerta, en la cual había también otra guarda, y ésta era de indios naturales de la ciudad del Cuzco, orejones y parientes y descendientes del Ynga, de quien él se fiaba, y eran los que tenían a cargo criar y enseñar a los hijos de los gobernadores y principales de todo este Reino, que iban a servir al Ynga, y a asistir con él en la corte cuando muchachos.

Junto a esta segunda puerta estaba la armería del Ynga, donde había de todo género y diferencias de armas que ellos usaban, es a saber flechas, arcos, lanzas, macanas, champis, espadas, celadas, hondas, rodela fuertes, todo puesto muy en orden y concierto. A esta segunda puerta estaban cien capitanes de los que más se habían señalado en la guerra y se habían ejercitado en ella, los cuales estaban entretenidos allí para, cuando se ofreciese alguna ocasión de guerra o jornada, despacharlos brevemente a ello, de suerte que en ninguna cosa hubiese dilación.

Más adelante de esta puerta, estaba otra gran plaza o patio para los oficiales del Palacio, y los que tenían oficios ordinarios dentro dél, que estaban allí aguardando lo que se les mandaba, en razón de su oficio. Después entraban las salas y recámaras, y aposentos, donde el Ynga vivía, y esto era todo lleno de deleite y contento, porque había arboledas, jardines con mil género de pájaros y aves, que andaban cantando; y había tigres y leones, y onzas y todos los géneros de fieras y animales que se hallaban en este reino. Los aposentos eran grandes y espaciosos, labrados con maravilloso artificio, porque como entre ellos no se usaban colgaduras, ni las tapicerías que en nuestra Europa, estaban las paredes labradas de labores, y ricas y adornadas de mucho oro y estamperías de las figuras y hazañas de sus antepasados, y las claraboyas y ventanas guarnecidas con oro y plata, y otras piedras preciosas, de suerte que lo más estimado y rico de todo el reino se cifraba en esta casa del Ynga.

Había en el Palacio del Ynga una cámara de tesoro, a quien ellos llamaban capac marca huasi, que significa aposento rico del tesoro, el cual servía de lo que acá la Recámara Real, donde se guardaban las joyas y piedras preciosas del Rey. Allí estaban todos los ricos vestidos del Ynga, de cumbi finísimo, y todas las cosas que pertenecían al ornato de su persona; había joyas ricas de inestimable precio, piezas de oro y plata de la vajilla que se ponía en los aparadores del Ynga. Toda esta riqueza tenían a su cargo cincuenta como camareros, y el mayor sobre ellos era un tucuiricuc, o cuipucamayoc, que era como veedor y contador mayor del Ynga, el cual tenía a cargo las llaves de ciertas puertas, aunque eran de palo a su modo de ellos, pero no las podía abrir sin que estuviesen sus compañero allí delante, los cuales también tenían su llaves diferentes. Tenía este tesorero, o contador mayor, gran salario y muchos provechos, porque el Ynga le daba muchos vestidos de los suyos, ganado y chácaras, y destos dones de él se llevaba las dos partes y la una era para sus compañeros. Sin estos que tenían a su cargo el tesoro, había otros veinte y cinco guarda-ropas, los cuales eran mancebetes desde doce a quince años, hijos de curacas y de indios principales, los cuales andaban muy bien tratados y vestidos ricamente, que les daba cada semana un mayordomo que tenía salario para ello, y era privilegiado para andar en hamaca, cuando quería. Estos mancebos limpiaban los vestidos que el Ynga se vestía de ordinario, y a éstos se avisaba de qué color se había de poner el vestido, y lo preparaban, y también le servían de llevar los platos a la mesa, cuando el Ynga comía.

LIBRO III

Capítulo XVIII

De otras ciudades y villas deste Reino hasta la ciudad de Trujillo
Viniendo de la ciudad de Quito, que tenemos escrita, hacia la Ciudad de los Reyes, están, por la parte de la Sierra, la villa de Riobamba, veinte y cinco leguas de Quito, poblada de españoles; después, por el mismo camino, está la ciudad de Cuenca, la ciudad de Loja, fundada por el capitán Mercadillo, la ciudad de Zamora y las ricas minas de Garuma, la ciudad de Jaén y, en la provincia de los bracamoros, la ciudad de Santiago de las Montañas y Moyopampa, la ciudad de Chachapoyas y la villa de Cajamarca, dicha Sant Antón, donde fue preso el Ynga Ata Hualpa, y se repartió aquel famosísimo rescate, nunca hasta hoy dado tal por ningún príncipe ni monarca del mundo. Todas estas ciudades y villas que he dicho, aunque tiene pocos moradores que las habiten, todavía están muy concertadas y dispuestas, y hay en sus distritos grandes crías de ganado de todas suertes y estancias, chácaras y sementeras de trigo, maíz, cebada y cualesquier granos y legumbres que fácilmente producen, y así son las comidas variadísimas, y los habitantes viven una vida quieta y sosegada, quitados de ruidos y disensiones, y, apartados y aun olvidados de los tráfigos y bullicios de las guerras.

En los llanos de la costa de la mar está la ciudad de Puerto Viejo, y luego Guayaquil, junto al famoso río que dijimos. Dónase y se cría la zarzaparrilla, y el agua del río es delgada y sabrosa, que hace los mismos efectos que la zarza a quien por algún tiempo la bebe. Junto a Guayaquil está la mentada isla de la Puná, que tiene doce leguas de boje, la cual, cuando los españoles la conquistaron, hervía de gente, que casi no cabía en ella; pero después ha venido a notable disminución, que hay el día de hoy muy pocos indios por justo castigo y permisión del cielo. Fue que Fray Vicente de Valverde, religioso del orden de predicadores, el que se halló con el Marqués Pizarro en Cajamarca, cuando la prisión de Ata Hualpa, habiendo ido a España y héchosele merced del obispado del Perú, todo con tan extendida jurisdicción que, si no es la del Pontífice Romano, no se sabe de otra que en aquel tiempo fuese mayor ni más alcanzase, y viniendo de Panamá para la Ciudad de los Reyes, pasó por esta isla de la Puná con poco acompañamiento y, los indios de ella, movidos con furor diabólico, le mataron haciéndole piezas, y después se lo comieron en diversos guisados y locros. Pero, como es un negocio que tiene Dios muy a su cargo el castigar a los que manos violentas ponen en sus sacerdotes y ministros, todos lo que en este abominable hecho se hallaron, murieron mala y

desastrosamente, y se han ido los indios de aquella isla apocando, como vemos que ha sucedido siempre en el mundo, en los pueblos donde semejantes delitos se cometen. Hoy los religiosos de Nuestra Señora de la Merced tienen a su cargo la isla, y son curas y doctrinantes della y de las reliquias que han quedado.

Después está la ciudad de San Miguel de Piura, la primera y más antigua que en este Reino se fundó, y aún quizás hoy la más pequeña y de menos gente dél. El puerto de Paita está cerca, poblado de españoles, escala generalísima de todos los navíos que vienen de Tierra Firme, México, Nicaragua y Guatemala, que la reconocen, y desde allí se meten a la mar para llegar a tomar el puerto del Callao, que es abundantísimo de pescado, especialmente tollos.

Corriendo la costa adelante, se topa con la Villa de Miraflores, del Valle de Saña, situada siete leguas de la mar, cuyo puerto se llama Cherrepe, algo trabajoso y bravo para la desembarcación. Esta villa es una de las más ricas y de más contratación que hay en el Reino, a causa que se crían en sus alrededores y estancias, y por los algarrobales de ella, más de doscientas mil cabezas de ganado cabrío, de que se hacen muchos millares de cordobanes y quintales de sebo. Muy mucho número de ingenios poblados de negros esclavos, donde se hace miel y azúcar, que todo se lleva en navíos a la Ciudad de los Reyes, y no hay año que no se carguen en su puerto más de diez o doce navíos, y así debe de valer lo que llevan sobre quinientos mil ducados. Hay hombres muy ricos y poderosos en ella, y es pueblo de muchos regalos por los dulces que cría y la sobra de mantenimientos. Es obispado, y hay vicario en ella y beneficiados y monasterios de religiosos, del orden de San Francisco, San Agustín y Nuestra Señora de las Mercedes, en cuya iglesia está una imagen que hace muchísimos milagros, y hay parroquias de indios.

Más adelante, veinte leguas, está un pueblo de indios, donde hay un monasterio de religiosos agustinos, y en él una devotísima imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, retrato de la que está en España, en Extremadura, y frecuentadísima de españoles e indios de la Sierra y de los Llanos, que acuden a esta misericordiosísima Señora al remedio de sus necesidades, trabajos y enfermedades, donde hallan consuelo los afligidos y salud los enfermos. Tienen allí los religiosos estudio ordinario de Gramática y, algunas veces, de Artes, y hay mucho número de religiosos que viven contentísimos en la quietud de aquel desierto.

Siete leguas corridas de la costa hacia la Ciudad de los Reyes, está la muy nombrada ciudad de Trujillo, fundada por Diego de Mora, un muy leal vasallo de su Majestad, como se refiere

en la historia del Perú. Antiguamente tuvo esta ciudad por nombre Chimoca Capac, por haber sido su fundador de este nombre y haber los chimocacapas enseñoreado de ella y de toda su comarca, y sido señores naturales della, hasta que los Yngas la conquistaron, y así los edificios della son obras de estos y no de los yngas. Habrá más de cuarenta años que, en su comarca, se descubrieron tan ricas y soberbias huacas con entierros de oro y plata, vasijas y bebederos de estos metales, que no se puede contar la multitud que fue, y así quedaron riquísimos y muy poderosos, los que las labraron, y aún hoy se tiene noticia de otras muchas, que los indios procuran encubrir a los españoles, instigados por el diablo a quien en extremo temen, diciendo que los matará, si descubren las huacas y entierros. Hay en Trujillo muchos encomenderos y vecinos muy ricos en rentas y en haciendas y crías de ganados mayor y menor, y, sobre todo, famosos ingenios de azúcar, de que se sacan grandes rentas, y es cierto que, si el puerto de esta ciudad que está dos leguas de ella, llamado Huanchaco, fuera seguro y fácil para embarcarse y salir a tierra, fuera Trujillo una de las más prósperas y opulentas ciudades del Reino. Pero acontece estar el puerto quince días, que no se puede navegar de tierra a los navíos, y, a esta ocasión los azúcares y cargas del pueblo no se pueden llevar a la Ciudad de los Reyes, si no es por tierra y a gran costa, y así la villa de Saña ha ido creciendo y poblándose cada día más, y, Trujillo menguando. Está asentado en un llano, y es fertilísimo el terreno de él, y los mantenimientos se cogen en gran muchedumbre, y la gente de la ciudad muy cortesana y apacible. Hay en ella vicario, y los conventos de religiosos de todas las órdenes muy bien labrados y ricos de ornamentos y aderezos de plata y servidos con gran decencia, como gozaron del tiempo de las huacas, y de las riquezas y tesoros que de ellas se sacaban.

Alrededor deste pueblo y su comarca, hay grandísimas poblaciones de indios yungas, aunque muchas despobladas por secreto juicio del cielo, que se van acabando visiblemente tanto, que refieren haber un pueblo desierto donde hubo noventa mil indios moradores. Siémbrese en todos estos llanos y costa infinito algodón, de que se visten los indios en general y, las indias, y se hace dello jarcias y velas de navíos, y es trato de mucho interés. Diez y ocho leguas adelante de Trujillo, junto a la mar, está la villa de Santa María de la Parrilla, poblada de españoles con su puerto seguro, y muchos ingenios de azúcar alrededor. La villa de Guaura, dicha Nueva Carrión, poblada por orden del visorrey don Luis de Velasco, a diez y ocho leguas de Lima, de la cual se sacan cada año muchos navíos cargados de trigo para los Reyes, y toda la sal que se gasta en ella, y se lleva al Reino de Chile, y aún se podrá henchir, con la que se da y hay en el puerto, a toda España, Francia e Italia. A nueve leguas

de los reyes, se ve la villa de Arnedo, en el valle de Chancay, rodeada de viñas, huertas y, chacaras de mucho regalo y temple sanísimo, donde se coge trigo que se lleva a los Reyes y todo lo recibe y gasta.